

María Laura Díaz Domínguez

Carina, la gallina china y la leyenda de los huevos de Argentina

Ilustrado por la autora



Hace mucho tiempo, en la Argentina los huevos eran blancos. Completamente blancos. Blanca la cáscara, blanca la clara y también blanca la yema. En China, en cambio, eran amarillos. Completamente amarillos. Amarilla la cáscara, amarilla la clara y amarillísima la yema. Y así podría haber seguido siempre, de no ser por Carina, la gallina que un día el granjero Chin-Pum trajo en barco desde China.

Cuenta la leyenda que en el barco había dos jaulas iguales: la de la gallina y la de un canario (al canario lo traía un Coronel). Y pasó que, en el puerto, Chin-Pum se llevó al canario y el Coronel a Carina.

El Coronel fue directo a su cuartel. Justo cuando estaba entrando llegó una paloma con un mensaje secreto que, además de secreto, era urgente, así que el hombre inmediatamente se marchó.

En el cuartel también vivía Pico, el gallo despertador del Coronel. Cuando Pico oyó los ruidos que salían desde la jaula, levantó la funda y vio a Carina con sus dos ojos finitos. Creyó que ella se los estaba guiñando, así que se sintió halagado y levantó la puerta de la jaula.

Mientras el Coronel no estaba, Carina y Pico se fueron haciendo amigos. A eso de las diez de la mañana ella lo despertaba con un desayuno de semillas (porque él aprovechaba para dormir un poco más) y él le contaba cuentos con riñas e historias de gallitos ciegos.

Pero un día el Coronel volvió y vio a Carina justo cuando estaba poniendo un huevo amarillo, como era su costumbre: completamente amarillo.

—¡La Gallina de los Huevos de Oro! —exclamó el hombre mientras la estrujaba contra su pecho—. ¡Y es mía! ¡Voy a ser rico! —gritaba sin parar. Así llegó a lo alto de la torre del cuartel y encerró a Carina bajo siete llaves para que pusiera muchos huevos. Muchos, muchísimos huevos.

Carina, desde su cárcel de piedras, sólo era feliz cuando Pico le dedicaba su canción de la mañana y ella le agradecía arrojándole una pluma.

Cuando pensó que era tiempo, el Coronel subió a la celda de Carina, puso todos los huevos en una canasta y salió al mercado a venderlos.

Esa noche regresó enfurecido.

—¡Me engañaste, gallina, tus huevos no son de oro! —empezó a gruñir mientras subía las interminables escaleras de la torre—. ¡Me las vas a pagar! —Y siguió subiendo y gritando, cada vez más alto.

Unos dicen que el Coronel no encontró tres de las siete llaves de la puerta y por eso no pudo entrar para pegarle. Otros, en cambio, aseguran que cuando llegó arriba de todo se desmayó de cansancio. Lo importante es que el Coronel juró que, en cuanto amaneciera, se la comería enterita en el puchero.

—¿Que-que-que-qué selá de mí? —lloraba Carina en chino—. ¿Co-co-co-cómo podlé huil del Colonel?

Al oírla, Pico bajó de su poste y se acercó al pie de la torre.

—¡No te preocupes, chinita, tengo una idea! —le dijo—. Quedate ahí que ya vuelvo.

—Clalo que me voy a quedá acá —pensó Carina—, si estoy encalce-
lada... —Y apoyó su cabecita en el marco de la ventana. Y lo esperó.

Finalmente vio acercarse, por atrás de unos arbustos, lo que parecía ser
una nube amarilla. Con un sobresalto se incorporó, afinó aun más sus ojos
y pudo reconocerlo: era Pico que traía una montaña de plumas, las que ella
le había ido regalando durante tanto tiempo. Pico las apoyó en el suelo y las
apelmazó un poco para darles forma del almohadón.

—¿Te animás a tirarte? —le preguntó.

Carina ya estaba muy flaca y podía pasar entre los barrotes de la ven-
tana, pero ahora era casi una gallina desplumada y tenía miedo de volar.

—No te vas a lastimar, en serio, es blandito.

Carina dudó un buen rato: le temía las alturas, sí, pero también le
tenía terror al Coronel. Así que al final se decidió: pasó entre los barrotes,
abrió la pielcita de sus alas, cerró los ojos y se tiró.

Impactó sobre el colchón y millones de plumas, como fuegos artificia-
les, salieron volando hacia la noche.

—¡Glacias pol libelalme! —le dijo Carina a su gallo. Y se dieron un
abrazo tan lindo que a los dos se les puso un poquito la piel de gallina.

—¡Pero ahora tenés que escaparte! —se lamentó Pico—. ¡Si el Coronel
te encuentra te hace caldo!

—Tenés lazón, quelido, debo ilme...

Pico tomó el ala de Carina entre las suyas y le dio un piquito. Quiso
cantarle esta vez algo especial, una nueva canción solamente para ella... pero
no. En ese instante apareció un hilo de sol por atrás del horizonte: el deber de
despertador que lo llamaba.

—Yo me tengo que quedar... —balbuceó Pico—. ¡Pero vos todavía
estás a tiempo de salvarte!

Dicho esto giró hacia el alambrado y se acomodó en su poste de trabajo.

Carina lo miró y al verlo se le cayó una lágrima. El sol (que no paraba
de subir) la hizo brillar tanto que Carina comprendió que no tenía alterna-
tiva. Sus pasos se perdieron en la pampa. Un paso, un árbol, una vaca. Otro
paso, otro árbol, otra vaca... Hasta que cayó dormida.

Durante el tiempo en que las plumas volvían a crecerle, Carina no puso huevos.

Una tarde, ya emplumada, se acercó a un gallinero. Las gallinas la invitaron a pasar. Esa noche durmió bajo techo y al día siguiente picoteó, cacareó y cloqueó con ellas. También al siguiente, y al otro, e incluso al que le siguió. Le armaron un rinconcito con paja (que fue su cama) y Carina se quedó.

Cuando ya conocía el nombre de todas y de muchas se había hecho amiga, se animó a poner un huevo. Fue un huevo blanco, como el de las otras gallinas. O al menos eso parecía.

Porque dice la leyenda que cuando la granjera lo rompió para hacerse una tortilla, se llevó una gran sorpresa: blanca era la cáscara, blanca la clara... y dorado el corazón.